

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORÁL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo, Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. IVERS, 2 Y 3

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica XVIII despues de Pentecostés.

Surge, tolle lectum tuum, et vade in domum tuam.

Matth., IX, 6.

Levantate, toma tu lecho, y vete á tu casa.

El hombre nacido de mujer vive poco tiempo y rodeado de muchas miserias; miserias del alma y miserias del cuerpo que le tienen postrado en el lecho de su dolor, como al paralítico del Evangelio, objeto de un ruidoso milagro, realizado por el Salvador, en demostracion de su poder infinito y para muestra de sus divinas caridades.

Hallábase el Hijo de Dios en el país de los Gerasenos, y entrando en un barco, pasó á la otra ribera, y fué á su ciudad. Y hé aquí le presentaron un paralítico, postrado en un lecho. Viendo Jesús la fé de aquellos hombres, dijo al paralítico: Ten confianza, hijo, que perdonados te son tus pecados. Algunos de los Escribas que oyeron las palabras de Je-

sús, dijeron dentro de sí: Este blasfema. Viendo Jesús los pensamientos de ellos, díjoles: Porqué pensais mal en vuestros corazones? Qué cosa es más fácil, decir: Perdonados te son tus pecados: ó decir: Levántate y anda? Pues para que sepais que el hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar los pecados, dijo entonces al paralítico: Levántate y toma tu lecho, y vete á tu casa. Como Jesús lo dijo, así fué hecho. Levantóse el paralítico, tomó á cuestras su camilla, y fuése á su casa. Cuando esto vieron las gentes, temieron, y loaron á Dios que dió tal potestad á los hombres.

Tal es la letra del Evangelio que vamos á exponer sin otra mira que la gloria de Dios y la salud de las almas, último fin de la predicacion evangélica como enseña el Apóstol de las gentes. Y para proceder con orden en nuestra difícil tarea, haremos converger todas las reflexiones que nos sugiera el exámen del texto sagrado, á la demostracion del siguiente importantísimo asunto: Para movernos hácia la morada de nues-

tra eterna felicidad, necesitamos la gracia de Jesucristo, compasivo y poderoso médico de las almas enfermas.

No creais á los que os digan que la tierra es la morada fija y permanente del hombre y que todo acaba con la vida presente. Son falsos profetas dominados por el espíritu del error y aunque se tengan por sábios, creedme, se han convertido en verdaderos necios.

Guardáos de estos profetas mentirosos; no deis oídos á sus palabras que suelen aparecer más suaves que el óleo y más dulces que la miel, cuando no son, en realidad, otra cosa que saetas envenenadas dirigidas contra la fé y la virtud, antorcha la una y medicina la otra de las almas enfermas. Aunque todos los sabios del mundo os enseñen otra cosa que lo que os enseña el Evangelio, no debéis creerlo. Esos pretendidos sabios se engañan y os engañan. Los enemigos de Cristo son vuestros enemigos. Los que os dicen que podeis ser felices, prescindiendo del Evangelio y hollando la ley de Cristo, deben ser tenidos por maestros de la mentira y sembradores de la corrupción. Y el Evangelio que es la verdad, enseña que no tenemos aquí en la tierra morada fija ni ciudad permanente, sino que vamos en busca del cielo, verdadera patria de los desterrado shijos de Adán y Eva. Allí está Dios, verdad infinita, allí habita Dios, bien infinito y eterno; no trateis de contentar á vuestro corazón diciendo: «Buen estamos aquí.» porque siempre estará inquieto hasta que descanse en el seno de Dios. Vamos, pues, á Dios por los caminos de Dios. Pero ¿no es

el mundo un mar revuelto, lleno de escollos y peligros? ¿Cómo surcar sus aguas alborotadas y arribar felizmente á la playa de vuestras esperanzas? Fuera de la Iglesia no hay salvacion. Nadie puede llegar á la ciudad del refugio, á la patria del descanso eterno sino dentro de la barquilla de la Iglesia. Pudo el Salvador pasar el golfo de Cafarnaun sin auxilio humano, sin necesidad de embarcarse, toda vez que dominaba los vientos y las tempestades, y podia caminar sobre la movediza superficie de las aguas como sobre sólido pavimento, pero subiendo en un barco, y pasando á la orilla para ir á su ciudad, á Cafarnaun, teatro de sus prodigios y objeto de sus divinas caridades, nos advierte que nuestra vida es un viaje por este mar del mundo que hierva en tempestades, hácia las beatíficas playas de la eternidad, y que no podemos navegar con rumbo á nuestra patria sino entramos en la mística barquilla de la Santa Iglesia Católica donde va Jesucristo, Señor de los vientos y de las tempestades. *Et ascendens Jesus in navem transfretavit, et venit in civitatem suam.*

No podemos dar un paso sin la gracia de Jesucristo. Paralíticos de entendimiento y de voluntad no tenemos fuerzas para movernos por nosotros mismos en el orden sobrenatural como que, á decirlo con el Apóstol, ni aun podemos tener en el pensamiento ni un deseo saludable en orden á la vida eterna. La salud, el movimiento y la vida, de Dios han de venirnos. *Sufficiencia nostra et Deo est.* Jesucristo es nuestra salud, la verdad, el camino y la vida. El está con la Iglesia y estará con ella.

hasta la consumacion de los siglos, dando vista á los ciegos de entendimiento, movimiento á los parálíticos, salud á los enfermos, agilidad á los tardos de corazon y vida á los que parecen vivos, y estan muertos. Es la Iglesia madre tierna y solícita de nuestras almas, y sabiendo cuán grande es el poder y cuánta la caridad de Jesucristo, no cesa de pedir al divino médico la curacion de nuestras enfermedades. *Et ecce offerebant illi paralyticum jacentem in lecto.* Pero la gracia divina no cura á los descreídos, á los rebeldes y obstinados, porque Dios que nos ha criado sin contar con nosotros, no quiere darnos la salud y la vida sin nuestra cooperacion. Su gracia nos previene con sus luces, nos ofrece la medicina, nos da á conocer su eficacia, nos mueve á recibirla con fé y gratitud, y viendo el Señor nuestras buenas disposiciones, derrama en nuestro corazon la mas dulce confianza, nos llama sus hijos y lo somos en verdad porque su gracia santificadora ha borrado nuestras culpas, y nos ha dado la vida sobrenatural, y con ella la filiacion divina, raiz fecunda de méritos y virtudes, y de preciosos derechos á la herencia riquísima de nuestro Padre que está en los cielos. *Videus autem Jesús fidem illorum dixit paralytico: Confide, fili, remittuntur tibi peccata tua.*

El paralítico del Evadgélío, ha recuperado la salud del alma, y muy pronto recobrará la salud del cuerpo. ¿Que valor pueden tener los sofismas de la impiedad contra la evidencia de los hechos? ¿ni cómo podrá oscurecer la gloria del bienhehor los celos malignos, la torpe en-

vidia, ó las iras mal reprimidas? Jesús ha dicho al paralítico: Confía, hijo, te son perdonados tus pecados. Al oír esto algunos de los escribas dijeron dentro de sí: Este blasfema. Blasfemo es el que injuria á Dios, atribuyéndole lo que no le conviene, negándole lo que es propio, ó cuando el hombre se atribuye lo que á solo Dios conviene. Jesús se atribuye la potestad de perdonar los pecados. No le acuseis de blasfemia, probad que no es Dios, y entonces será procedente y merecida vuestra acusacion. Vosotros decís en vuestro corazon: Nadie puede perdonar los pecados sino sólo Dios, es así que este hombre se atribuye la potestad de perdonar los pecados, luego es un blasfemo.

Pero si ese hombre es Dios, no cometerá pecado de blasfemia, diciendo al paralítico: yo te perdono tus pecados. ¿Y qué prueba mas concluyente de su divinidad podria ofrecerse á los Escribas que la respuesta de Jesús á los malos pensamientos de sus envidiosos corazones? Y viendo el Salvador los pensamientos de los Escribas, les dirige esta severa increpacion: ¿Porque pensais mal en vuestros corazones? Solo Dios penetra los pensamientos y escudriña los deseos mas ocultos de la voluntad y cuenta los latidos del corazon. Todo esta desnudo y abierto á sus divinos ojos. ¿Cómo, pues, osamos abrigar pensamientos, malos deseos vergonzosos y planes inicuos, sabiendo que Dios nos mira y que todo lo vé? ¿Cómo tememos la mirada de los hombres y no tememos la justicia de Dios? No hay fé, y por eso no hay temor de Dios. No

tenian fé los enemigos de Jesús, y calumniaban al Hijo de Dios, llamándole blasfemo de su corazón. ¿Qué os parece más fácil, les dice Jesús, sanar la parálisis del cuerpo ó perdonar los peccados que son la parálisis del alma? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad de perdonar los peccados, dijo entonces al paralítico: levántate, toma tu camilla, y vete á tu casa. Y al punto se levantó, y llevando su camilla, fuese á su casa. ¡Dichoso paralítico! Su fé le ha hecho salvo.

El prodigio está patente; la muchedumbre ensalza á Jesús, y queda demostrado que el Hijo de Dios tiene la potestad de sanar los cuerpos y las almas. No se ha agotado la fuente de la gracia ni se ha encogido el brazo poderoso de Jesús, obrador de maravillas y hacedor de milagros. La gracia y la verdad nos viene de su corazón amantísimo, y sus llagas sacratísimas se abrieron á impulsos del amor para ser hasta la impusacion de los siglos, fecundos manantiales de salud y de vida. El agua misteriosa y la sangre divina que brotaron de las fuentes del Salvador agua de misericordias y sangre de perdones, se distribuyen en forma de arroyuelos, y van á depositarse en los Sacramentos, «rios divinos y canales misteriosos que hacen derivar de las llagas de Cristo crucificado, la ola medicinal que sale continuamente de los méritos de la redención.» Hé aquí la gracia que cura la parálisis moral y toda suerte de dolencias espirituales. Jesucristo vivo en su Iglesia no cesa de ejercer su potestad soberana sobre los entendimientos y las voluntades, dando vista de fé á los ciegos, salud

á los enfermos y movimiento á los paralíticos. Venid, nos dice, los que estais enfermos, y yo os sanaré, venid á mí los que yaceis en lo postracion, y yo os daré fuerzas, movimiento y agilidad. *Surge*, levantáos de vuestro lecho, echad sobre vuestros hombros el yugo de mi ley que es suave y ligero, *tolle lectum tuum*, y marcha por los caminos de la virtud á vuestra casa, *et vade in domum tuam*, á vuestra casa, que es el cielo, la casa de vuestro Padre, en la cual hay muchas mansiones adornadas con piedras preciosas y perfumadas con aromas de suavísima fragancia, donde vivireis eternamente dichosos y bienaventurados, *Amen*.

LA PRIMERA MISA.

(Continuacion.)

Y la buena vieja se aprendió de memoria las seis tésis; y al terminar todas las noches el largo catálogo de sus oraciones, las recitava devotamente, diciendo con esa bendita fe de los pobres de espíritu, á quienes promete Cristo el reino de los cielos:

—¡Por mi niño Pepito!.. para que el Señor le dé salud y suerte, y me lo libre de pecado!...

II

Pepito iba á llegar de un momento á otro, y esta alegría inmensa se reflejaba en los dos ancianos segun su distinto carácter. D. Blas lloraba y reia segun su costumbre, y se paseaba por la humilde pieza que le servia de despacho, repasando el sermón que habia de predicar en la Misa de su sobrino, é importunando

á cada momento á doña Mariquita con preguntas, hijas á veces de su impaciencia, siempre de su constante buen humor y de su paz inalterable.

D.^a Mariquita se agitaba en la cocina en medio de un arsenal de pucheros, sartenes y ollas de Medina, que contenían el festín de Baltasar que para el día siguiente preparaba, y gruñía mas que había gruñido nunca, porque iban siempre sus regaños en razon directa de su actividad y alegría; eran como una coraza de puas, con que ocultaba los hermosísimos sentimientos de su corazón delicado, sufrido y triste como lo es una pasionaria.

—¡Mariquita! gritó por centésima vez el capellan desde su despacho.

—¿Mande V.? contestó ésta desde la cocina.

—¿A que con tanto pollo para mañana, no has preparado cena para Pepito esta noche?

—¿A que la va á suceder á V. lo que al corregidor de Almagro? respondió doña Mariquita en el mismo tono.

—¿Pues qué le sucedió?...

—Que de puro meterse donde no le llamaban, se murió un día de pena por que á su vecino se le quemó la oíla.

—D. Blas soltó una de sus risotadas.

—No fué por eso, hija observó chachudamente. Fué porque le salió el chaleco corto.

—Llámele V. hache, y no se meta en camison de once varas, que se le van á liar los piés.

—Bien, hija, bien; ya me callo... No te incomodes por Dios! Yo lo

decía al tanto de que el niño traerá hambre...

—¡Pues que se roa un codo!

—¡Ave María Purísima, mujer... que parece que te han despechado con leche de avispas.

—Y á V. con jarabe de métome en todo.

D. Blas calló derrotado como siempre, y doña Mariquita prosiguió chamuscando los plumones de un pollo, que había muerto consolado con la idea de encontrar sepultura eclesiástica en el estómago del misacantono.

—¡Mariquita! volvió á llamar D. Blas más tímidamente...

—¡Dale tijereta! refunfuñó ésta, que luchaba á brazo partido por sujetar las patas del pollo; que con una gracia digna de Terpsícore se empeñaban en bailar un bolero.

—A Pepito le gustan mucho las patatas aconejadas:

—Y á mi más los conejos apataados.

—Lo digo porque como mañana tendrá que estar en ayunas hasta tan tarde... y eso se prepara pronto.

—¡Dale tijereta! ¡y que cáneer le ha entrado con la cena del niño!... Descuide usted, que no ha de soñar esta noche con las ánimas benditas...

—Bien, hija, bien; haz cuenta que no he dicho nada.

A poco apareció D. Blas en la cocina, con los papeles del sermón en la mano.

—¿Sabes que estoy pensando? dijo. Que como el niño vendrá cansado, podías ponerle en la cama mi colchon de lana; que yo con el jergón tengo bastante.

—¿Sabe usted lo que á mi me ocu-

¿re? contestó doña Mariquita impaciente. Que de tanto charlar se le va á caer á usted la campanilla esta noche, y nos quedaremos sin sermón mañana... Con que déjeme el alma quieta, que nadie le dá vela en este entierro!...

Doña Mariquita se guardó muy bien de añadir que el único colchón de su cama estaba ya puesto en la de Pepito, y que ella había de dormir, por lo tanto, sobre las tablas peladas. El capellán se volvió con la cabeza gacha al despicho, murmurando:

—Y que le pusieran á esta niña Mariquita de la Paz, en vez de ponerle Mariquita de la Guerra!

—Y que le pusieran á este hombre D. Blas, y no D. Posma! replicó la aludida, comenzando la difícil, intrincada y transcendental tarea de introducir el relleno en el caparazón del pollo. No habían pasado diez minutos, cuando D. Blas apareció de nuevo en la cocina.

—¡Mariquita! dijo con voz temblorosa.

—¿A que me gasta el nombre esta noche? exclamó ésta mas impaciente que nunca.

—Mariquita, ¡ójeme por Dios! continuó el capellán angustiado; que me acaba de dar una corazonada, que sin duda viene del cielo... Dios y mi Padre San Francisco son los que me la mandan.

Doña Mariquita alzó la cabeza asustada, y al notar la agitación de su hermano, se acercó con las manos llenas de relleno, las cejas enarcadas y la boca abierta.

—Ahora mismo, prosiguió don Blas, estaba allí, delante del cuadro

de mi Santo Padre, y se me ocurrió de repente, sin saber cómo, que si Pepito pidiese mañana en la Misa lo que tú y yo pedimos en vano hace diez y ocho años, de seguro que el Señor lo concede... Sí: de seguro porque jamás niega su Divina Majestad la gracia que el nuevo sacerdote le pide en su primera Misa... Y esto es cierto, cierto, cierto. El P. Guardian de mi convento fué quien me lo dijo...

—¿Y quien tiene valor para dar al niño esa puñalada? exclamó con espanto doña Mariquita.

—Le diré que ofrezca la misa por mi intención, que será esa misma, y con esto basta.

—¿Y si sospecha algo?... ¡Por María Santísima, Blas!... eso sería asesinarle...

—¡Dios me ayudará, mujer!... Mi Padre San Francisco me tendrá de su mano...

Doña Mariquita iba á replicar, pero el alegre sonido de los cascabeles de una calesa sonó en aquel momento, y los dos hermanos se precipitaron á la escalera exclamando:

—¡Ahí está!... ¡hijo de mi alma!

Un sacerdote joven se bía ya apresuradamente, y recibió en sus brazos á los dos ancianos, estrechando contra su pecho aquellas cabezas blancas, sin que se oyese otra cosa que sollozos de júbilo. Don Blas se dejó caer al fin á los piés del recién venido.

—De rodillas, Mariquita, de rodillas, gritó. . . ¡Hijo, hijo mio, ¡bendición... tu primera bendición, para estos dos pobres viejos.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

No hace mucho tiempo que un médico materialista quiso sustentar contra un famoso predicador la doctrina de la no existencia del alma, con cuyo objeto le hizo estas preguntas.

—¿Habeis visto alguna vez un alma?—No.

—¿Habeis oído un alma?—No.

—¿Habeis olido un alma?—No.

—¿Habeis gustado un alma?—No.

—¿Habeis sentido un alma?—Si, á Dios gracias, dijo el padre.

—Pues bien, prosiguió el médico, aquí tenemos cuatro sentidos, contra uno, en prueba de que no hay alma.

Entonces el predicador le replicó estas otras preguntas.

—Supuesto que sois Doctor en medicina, decidme:

—¿Habeis visto un dolor alguna vez?—No.

—¿Habeis oído un dolor?—No.

—¿Habeis olido un dolor?—No.

—¿Habeis gustado un dolor?—No.

—¿Habeis sentido un dolor?—Si.

—Entonces, continuó el Padre, aquí tenéis cuatro sentidos contra uno, que evidencian que no hay dolor, y sin embargo, vos sabéis que existe el dolor.

El Ayuntamiento de Cahors (Francia) acaba de cometer una iniquidad expulsando de las escuelas municipales á los Hermanos de la Doctrina Cristiana, á pesar de la oposición de más de mil cuatrocientos padres de familia que pidieron al Consejo municipal no tomara tan arbitraria é impía medida.

Las religiosas hospitalarias y las Hermanas de San José de Turin, han pedido al Ayuntamiento de la localidad asistir á los coléricos: generoso ofrecimiento que ha sido aceptado.

Se ha establecido en Francia y Suiza la Asociación de Hermanas impresoras, benéfica institución debida al canónigo de Friburgo, señor Schordoret. Dichas Hermanas imprimen sin retribución alguna libros y escritos de propaganda católicos.

Acaba de tener lugar en Viena la solemne ceremonia de abjurar los errores luteranos y entrar en la comunión de nuestra Santa Madre la Iglesia católica el conde Bathyanyi, muy conocido en los círculos aristocráticos de dicha ciudad.

El Gobierno de la protestante Inglaterra ha organizado un servicio completo de capellanes católicos para sus tropas de las Indias.

Hé aquí la oración aprobada por Leon XIII y enriquecida con 300 días de indulgencia por cada vez que se reze, que el Cardenal Vicario de Su Santidad ha dado á conocer á los fieles:

«María, Virgen inmaculada, Madre de Dios y Madre nuestra, mira los ataques que de todas partes dirigen el demonio y el mundo á la fé católica, en la que, para lograr la gloria eterna, quiero, por gracia de Dios, vivir y morir.

«Auxilio de los cristianos, renueva para salvar á tus hijos las antiguas victorias. A Ti confían el firme propósito de no pertenecer jamás á

sociedades de heréticos ni de sectarios. Presenta, santísima Señora, nuestros propósitos á tu divino Hijo, y alcánzanos las gracias necesarias para preservar hasta el fin.

«Consuela á la Cabeza visible de la Iglesia, sostén el Episcopado católico, protege al clero y al pueblo que te aclaman Reina, y con el poder de tus súplicas acerca el día en que todas las gentes se congreguen al redor del Pastor Supremo. Amen.»

En la diócesis de Cunes y en el Piamonte, el Rdo. Prelado, Monseñor Tormice, está visitando las poblaciones invadidas por el cólera, y derramando por todas partes benéficos auxilios y consueios entre los menesterosos.

Hablando un periódico del establecimiento de algunas sociedades en Inglaterra, dice lo siguiente, que demuestra el vigor con que las leyes de aquella nación prohíben la profanación del domingo.

Dice así *El Día*:

La sociedad del Domingo, de que es presidente, el duque de Westminster, conseguirá quizá mejores resultados. Esta sociedad tiene por objeto procurar algunas distracciones á los obreros, ocupados durante la semana. El duque ha repartido billetes, permitiendo á los obreros la entrada en Grosvenor-House, donde tiene sus magníficas colecciones. El gran número de obreros que ha acudido, ha decidido á la sociedad á pedir que el domingo se habran durante todo el día los Museos; pero la petición no ha sido atendida: al

contrario se han dado órdenes más severas para la clausura, bajo pretexto de moralidad, de todos los establecimientos públicos.

En Bilbao han publicado las señoras asociadas al Sagrado Corazon el siguiente manifiesto:

«El día 1.º de Julio, reunidas en Junta general las señoras celadoras del Corazon de Jesús, bajo la presidencia de su Director local, se comprometieron á observar las bases siguientes:

«1.ª No trabajar ni ser causa de que trabajen otros en días de fiesta.

2.ª No comprar ni por sí ni por otros en ellos.

«3.ª No surtirse á poder ser, sino en tiendas y comercios que estén cerrados los días de fiesta.

«A fin de que este acuerdo pueda ser llevado á más fácil y entero cumplimiento, se ha creído oportuno indicar á continuación las tiendas, comercios y talleres que habitualmente se cierran los días de fiesta, para que con preferencia á todos los demás de su clase puedan ser visitados y favorecidos, tanto por los asociados del Apostolado de la oracion como por todos los católicos deseosos de que la santa ley de Dios sea observada en toda su integridad.

Yo no salgo del Sagrado Corazon de Jesús. Allí me encontrará V.: quiere este divino Dueño que yo sea discípulo del Corazon Sagrado de Jesús, y discípulo amado: así me lo ha dicho, como á su sierva la V. Margarita, fuente de esta devocion.

(P. Hoyos.)

Imp. de LA FIDELIDAD CASTELLENA.